MONTEVIDEO

Ciudad Abierta

Entrevista a Mariano Arana

Recomendaciones para querer a una ciudad

Cómo será el Montevideo del año 2020

La nueva noche montevideana:
Los cines que vos matáis gozan de buena salud

Olga Madrid, bastión de la Ciudad Vieja

Carta de amor de Joan Manuel Serrat a Montevideo

los temas

Nº 15
SETIEMBRE 1999

Montevideo Capital Cultural

Fotografía Carlos Contrera

Esto no es un editorial

Desde la aparición del primer número de esta publicación, cada edición de MonteVIdEO Ciudad Abierta ha venido contando con una página editorial del Intendente Municipal de Montevideo, arquitecto Mariano Arana. En ella, la pluma de Mariano ha ido presentando a nuestros entrevistados principales y a los temas de la ciudad que son el corazón de cada revista.

En esta edición, los papeles se han invertido. Ahora nos toca a nosotros.

El entrevistado no es otro que el arquitecto Mariano Arana. Y el tema, una vez más, la ciudad, una y múltiple a la vez, como le gusta decir y repetir a Mariano.

No es necesario presentar a la ciudad,a Montevideo, la casa de todos.

En la entrevista se deja ver, más allá del Intendente Municipal que es, el Mariano de siempre: el aficionado al arte, a la música, el cine y el teatro; el arquitecto comprometido con la vivienda popular y las cooperativas de ayuda mutua; el entusiasta apasionado tanto por la historia como por la ciudad contemporánea y sus transformaciones; el impulsor de los reciclajes y el fanático del trabajo en equipo; el profesor universitario y el conocedor de la ciudad y cada uno de sus rincones y sus personajes; el testigo de una época que ya pasó y el protagonista de un tiempo que está en construcción: un Intendente de tiempo completo.

Esto no es un editorial. Es apenas la introducción a una personalidad entrañable que en modo alguno requiere de presentación. En este número, Mariano nos sigue enseñando a conocer y querer a Montevideo, a conocernos a nosotros mismos.

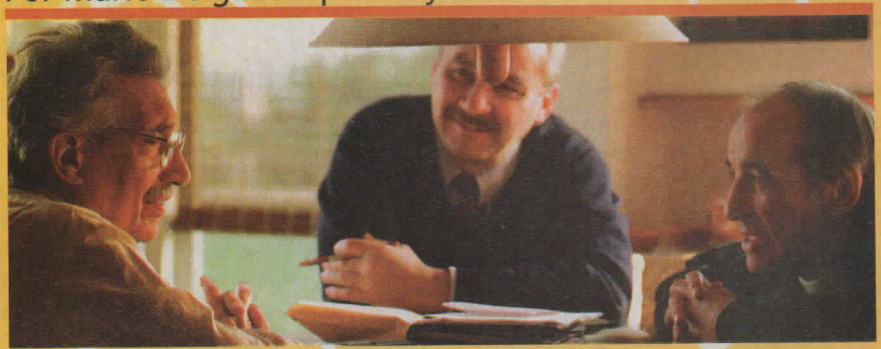
El equipo de Redacción

Fotografía Carlos Contrera

Mariano Arana, un gobernante a tiempo completo

La vida por la ciudad

Por Mario Delgado Aparaín y Pablo Vierci



Enamorado a ultranza de la capital uruguaya, conocedor de sus rincones más recónditos y de su gente, dotado de un innato sentido de su temporalidad -lo de visualizar a un tiempo, por ejemplo, el pasado, el presente y el futuro de la ciudad-, el arquitecto Mariano Arana se ha convertido; de unos años a esta parte, en el intérprete por antonomasia de Montevideo.

Sin embargo, este hombre hijo y nieto de inmigrantes españoles, nacido en 1933, no gusta de los personalismos. Como estudiante consuetudinario que es y producto clásico de la Facultad de Arquitectura, el Intendente de los montevideanos es un fanático del trabajo en equipo con todo lo que esto encierra: respeto profundo por la experiencia y por el legado de los mayores, cuestionador y rebelde, imaginativo y confrontador, severo, autocrítico y... dotado de un fino sentido del humor.

En este encuentro exclusivo para ***"Montevideo Ciudad Abierta"****, Mariano Arana nos brinda un rico testimonio de su infancia, de su mundo estudiantil y de esa peculiarísima y sostenida relación con la ciudad que en un principio lo llevó a defenderla a ultranza de la destrucción y que a la postre y para su propio asombro, lo conduciría a ocupar el cargo máximo del gobierno departamental de Montevideo.*

- Vamos a los principios, al mundo de la infancia... ¿Cómo era la relación con tu familia, con tu padre?

- Con mi padre fue un poco conflictiva... Porque siempre me sentí muy crítico hacia él, pues en casa hubo una relación tan conflictiva como inesperada, por el hecho de algo que conmovió al Río de la Plata y particularmente a nuestro país, como fue la Guerra Civil Española, y que tuvo consecuencias también en nuestra propia casa. En realidad, no éramos tantos en la familia: mi padre, mi madre, mi hermano y una maravillosa muchacha de la misma aldea gallega de mi madre, que nos cuidaba cuando niños, Lala, que tenía el mismo apellido de mi madre Sánchez Maceira. Ella era María Maceira. Las dos eran María. Las dos de apellidos similares y las dos fervientes partidarias de la República, contrariamente a lo que podría pensarse, pues ambas provenían de Galicia y de un ámbito en el que la Iglesia Católica era omnipresente y omnipotente. Mientras que mi padre, sin embargo, que debido a sus vinculaciones con su tío, un pastor protestante, o por ser partidario del herrerismo, podría llevar a suponerlo dueño de una mentalidad más abierta... estaba con la falange. Tengan en cuenta que yo nací en el 33 y la guerra estalla en el 36...

- ¿Guardás algún recuerdo de ese año?

- No me acuerdo de ese año, pero sí de la primera manifestación masiva que me impresionó. Fue en el Estadio Centenario. Tengo una vaga idea de algún referente de la República Española, antes de la caída definitiva en manos de Franco, sobre todo de haber ido a la manifestación con esta muchacha que nosotros queríamos muchísimo y que vivía en una casa de patios, en el Cordón. De aquellos días recuerdo a mi madre y a ella, lavando los patios de mosaico con agua y jabón, arrodilladas sobre un artefacto especial para no romperse las rodillas, con cepillo y jabón Bao. Ese es uno de los recuerdos de una parte de la familia. El otro es con mi padre, cuando me llevaba al Club Español, que por entonces era el referente de la gente de cierto abolengo hispánico vinculado a las fuerzas oscurantistas del fascismo español. Mientras tanto, por otro lado, mi madre me llevaba a la Casa de España, donde ondeaba la bandera tricolor, violeta, amarilla y roja, que representaba a la República. Por entonces, yo tendría cuatro o cinco años.

-¿Cómo se encauzó el conflicto familiar?

- El conflicto familiar fue permanente, pues cuando entro a la Universidad en 1952, mi padre seguía siendo herrerista, mientras que yo me sentí inmediatamente consustanciado con las fuerzas que descubrí que existían allí, que eran la izquierda. Leía "El Sol", que confieso que era indigesto, pero que de alguna manera nos daba un buen panorama de las problemáticas obreras, con toda aquella realidad internacional compleja y conflictiva, encuadrada en plena guerra fría...

-La verdad es que el mismo año de tu nacimiento, 1933, ya fue muy conflictivo...

- Sí, problemático a nivel nacional e internacional. Surge el New Deal de Roosevelt en Estados Unidos pero también Hitler llega a ser canciller del Tercer Reich. Hacía ya diez años que estaba Mussolini en el poder y algunos diarios, como "La Mañana", demostraron simpatías inequívocas por un estado corporativo como el que instaló Mussolini en Italia. De manera que yo estaba asombrado...

-¿Qué personas te impresionaron por esa época?

- Apenas entré a la Universidad conocí algunos referentes obreros que para mí fueron inolvidables. Y algunos amigos que mantengo hasta hoy, otros desgraciadamente desaparecidos o asesinados en plena dictadura. Pero hice amigos con los que sigo teniendo una relación muy viva, como José Pedro Barrán, Jorge Castillo, Heber Raviolo, como Domingo Carlevaro o el flaco José Díaz, que fue diputado por el Partido Socialista, no todos de la misma edad, pero que nos fuimos conociendo fundamentalmente a través de las luchas estudiantiles. Pero no sólo conocimos a los universitarios y a los que hoy son docentes, profesionales o destacadas figuras a nivel político, sino algunas personas que provenían del ámbito sindical. Recuerdo por ejemplo que ser secretario de asuntos sindicales de la Federación de Estudiantes cuando estaba en segundo o tercero de arquitectura, me permitió conocer algunos dirigentes fenomenales, como Edgardo Carvalho, brillante dentro de su militancia estudiantil. Pero sobre todo a Héctor Rodríguez, a quien admiré desde el principio por su capacidad intelectual, por su tolerancia extraordinaria y su esfuerzo constante por tratar de comprender al otro.

- A juzgar por la naturaleza de tu familia, parece que has practicado el pluralismo en tu propia casa...

- En una familia dividida a partir de las posiciones de mis padres, todo hacía suponer que las posturas generarían todo lo contrario. Sin embargo, no me quedaba otra cosa que embeberme y aprender de tolerancias y pluralismo en mi propia casa, frecuentada además por hijos o sobrinos de figuras vinculadas a los abuelos que no conocí. Como los Barbato, por ejemplo, de quienes tuve oportunidad de conocer al ex Intendente Germán Barbato y a su hermano, personas absolutamente maravillosas. Sin embargo, no conocí a los grandes referentes políticos, porque mi padre fue simplemente un adherente, y mi madre hasta muchos años después de vivir en Uruguay no sacó la ciudadanía. De manera que los contactos que uno tenía eran los que se oían en un mundo sin televisión, con la radio como principal fuente de información.

El inolvidable mundo del estudiante

- ¿Se seguía paso a paso la Segunda Guerra Mundial?

- Por supuesto, a través de la radio como todo el mundo. Pero a mí me aburría soberanamente escuchar aquellos informativos que mi padre religiosamente nos obligaba a escuchar. Como nos obligaba a escuchar la ópera, porque él cantaba A su modo, claro. Le llamaban "el tenor". Y cuando éramos chicos nos cantaba algunas canciones populares, nos hacía escuchar a Gardel y además muchas arias de ópera que a mí me resultaban imposibles.

- Tu educación musical comenzó en casa, entonces...

- Mucho antes de Gardel, empecé por gustar a Juan Sebastián Bach. En la Iglesia Evangélica, durante la niñez, Angel Turrizziani tocaba el órgano todos los domingos y allí empecé a admirar y a cantar a Bach en algunos pequeños coros. Pero eso fue antes de conocer y admirar a Troilo como hoy lo admiro y conozco, al flaco Goyeneche o al propio Gardel. Y conste que antes de admirar a Gardel, el

La entrevista

Fotografía Carlos Contrera

tango para mí empezó por Piazzola. Siempre al revés, como ven.

La cultura musical además la logramos en aquel entonces gracias a personas notables, como la señora de Justino Zavala Muniz, María Julia Garayalde, maravillosa persona. Yo, que era un embalado con Bach y Beethoven, me sentía muy a gusto con ella... Mucho después, ingresar a la Universidad me permitió entrar al coro universitario, con *Nilda Müller* - que era madre de un compañero mío, Gonzalo Estrada, hijo del gran músico Carlos Estrada y de *Nilda Müller*-, de un entusiasmo capaz de hacer cantar a las piedras. Recuerdo que le preguntábamos cómo salió el ensayo y ella, con una gracia notable, nos decía: "Salió un poquitito horroroso". Nos hizo cantar o canturrear o berrear cantatas de Bach, obras del barroco francés, del cancionero español, obras contemporáneas como la misa de Poulenc, cosas realmente extraordinarias. Y que nos hizo cantar - estoy seguro que salió horroroso-, una misa de Stravinsky, que era una maravilla para estudiar pero supongo que una tortura para quien la escuchó. Ella hizo ese coro extraordinario, que ahora con la dirección de Simaldone, llegó a hacer cosas muy buenas en el paraninfo.

- Tu experiencia en el coro llegó incluso a la política...

- Así es, en el coro conocí a Spinoglio, con quien esperamos cantar ahora a dúo a nivel metropolitano. Gracias a mi vocación corista estuve disfrazado con un poncho en el último acto del Frente Amplio en el año 1971, cuando cantamos el Aleluya de Haendel. El estrado estaba en el Palacio Legislativo y la humareda de los chorizos que se estaban asando llegaba hasta 18 de Julio. Después hice un famoso acto de la Vertiente Artiguista donde la convocatoria fue: "Habla Leo Maslíah y cantan Arana y Couriel". Que Dios nos perdone.

- ¿A qué escuela y liceo fuiste?

- Al Liceo Francés, que estaba a tres cuadras de casa. Nosotros vivíamos en Colonia entre Minas y Piedad, como se llamaba entonces Carlos Roxlo, a medio paso de la plaza de los Bomberos, o de los Treinta y Tres, o de Artola como se llamaba antes. Que era el campo del chiveo colectivo de los chiquilines del barrio.

- ¿La religión jugaba algún papel en el seno familiar?

- Creo que adherí a la izquierda por un sentido de la justicia que lo tuve justamente en las lecturas de la Biblia, funda-mentalmente de los Evangelios. Y también, quizás, de algunas de las personalidades que hacían sus alocuciones el domingo, no solamente las que hacían los pastores, que me resultaban extraordinariamente aburridas, pero sí de pronto en la llamada escuela dominical, con ese sentido un poco más sajón y típicamente más protestante, que llamaba a la reflexión, a la participación, al intercambio de opiniones, no al hecho de recibir el mensaje y aceptarlo como tal. Después, estudiando historia vi que Calvino, lejos de pedir opiniones las imponía de una manera terrible. Yo para entonces estaba como muy plegado a la necesidad de la apertura, de la discusión, de la opinión del otro. Y en ese sentido, el Liceo Francés era también una escuela de apertura y tolerancia, pues muchos alumnos venían de la emigración económica que expulsaba a muchos europeos en esos años, algunos de ellos por razones políticas. Fundamentalmente los compañeros que conocí de origen judío. Porque como consecuencia de la Francia derrotada, el Liceo tenía algunos docentes que habían combatido en la Resistencia. Recuerdo en particular a un gran docente y una gran persona como Dupré. O recuerdo a Santoni, un hombre muy consustanciado con las corrientes antifascistas y de izquierda. Claro que no se manifestaban públicamente y nosotros no éramos capaces de percibir ese tipo de matices.

- Además, les permitían acercarse a la cultura europea de primera mano...

- Efectivamente, allí tuvimos la oportunidad de conocer la obra de Camus, por ejemplo. O la de poetas como Verlaine, que hablaba de una poesía vinculada al mundo de lo actual, de lo real y casi cotidiano y cuyos versos todavía recuerdo de memoria, desde luego que en francés.

Recuerdo una gran profesora que tuvimos y que sabía hacernos gustar de la literatura. Me refiero a Beatriz Bentancur, quien nos leía con un apasionamiento tal, que lograba entusiasmarnos. Ella lograba por ejemplo, que nos apasionaran las tragedias griegas.. ¿A los muchachos de hoy les entusiasmará como a nosotros? ¿Les gustará el primer capítulo de la Ilíada como nos gustaba a nosotros?... No sé.
Recuerdo esas obras que nos impactaban, como "Resurrección", de Tolstoi. En otros casos sucedía al revés. En preparatorios también nos hicieron leer, pero me parecía una tortura. Tal vez porque un hombre harto de dar clase, empezó a buscar autores absolutamente desconocidos como Hernando del Pulgar. Hasta hoy me pregunto por qué nos torturaban con él. Ese hombre, seguramente liberal al extremo y antirreligioso, nos trataba de demostrar que la Biblia era todo un gran fraude desde el punto de vista histórico, que Juan no podría haber escrito aquello que aparece como escrito por Juan. Ni tampoco Mateo, ni Jesús pudieron haber hecho lo que decían los Evangelistas que hicieron y dijeron. Como si aquello fuera una clase de debate puramente bibliográfico, en lugar de provocar el descubrimiento de la calidad literaria que ciertamente encierra la Biblia...

- Te estabas refiriendo a la profesora de literatura con mucho humor...

- Ella, que era sorda como una tapia, nos recitaba primero la obra y después nos preguntaba: "¿Esto no les emociona, muchachos?". Y nosotros obviamente le respondíamos que no. Y lo volvía a leer... Pero en realidad nos gustaba como locos. Éramos muchachos perversos... Nos recitaba el Romancero Español... Lo recitaba con un apasionamiento loco y luego nos preguntaba si nos gustaba y como le decíamos que no, nos leía más y más. Aunque es más lindo cuando el humor es compartido. Por ejemplo, con un tipo extraordinario como el arquitecto Parpagnoli, una de esas personalidades generosas, abiertas, que también nos ayudó a abrir la cabeza. Él era funcionario municipal, ¡quién diría entonces que yo terminaría de Intendente Municipal!

Era un privilegio tener a un hombre generoso como Parpagnoli, con una biblioteca magnífica y una gran disposición para acompañarnos en exposiciones. Nos abrió el mundo como también lo hizo García Esteban en el primer año de Preparatorios. Dos personalidades singulares, unidas a la de Payssé Reyes como profesor de dibujo. Se trataba de un gran arquitecto. Ninguno de ellos era sistemático, eran todos asistemáticos. Como Real de Azúa, como podría haber sido Angel Rama, supongo, o José Pedro Díaz, con quien entablamos una gran amistad. Con él y su señora, Amanda Berenguer. A Parpagnoli lo tuve en Historia del Arte, en segundo de Preparatorios. No dio ni la mitad del programa, terminó en

La entrevista

el Renacimiento. Pero teníamos la sensación de que íbamos a terminar todos disfrazados de Botticcelli por las calles de Florencia. Y cuando nos enseñaba lo que era Florencia, que sería de pronto de la dimensión de Trinidad, y allí resulta que estaban Botticcelli, Brunelleschi, Lorenzo el Magnífico. Que allí había poetas, filósofos, escultores de la talla de Luca della Robbia, Donatello, Ghiberti haciendo "Las Puertas del Paraíso" en Florencia, un tipo que le gana por concurso nada menos que a Brunelleschi. ¡El tema del concurso lo tengo metido en la sangre desde el siglo XV!

- "Las Puertas del Paraíso" son esas gigantescas que están en la sala "Aquiles Lanza" del Palacio Municipal...

- Tengo que confesar una cosa por si hay gente que no lo sabe: Las *Puertas del Paraíso* que están exhibidas en el municipio no son las originales. Las verdaderas están en Florencia.

- Al principio no estabas muy seguro de ser arquitecto o médico... ¿En qué momento te decidís por la arquitectura?

- Hasta segundo año de Preparatorios dudé si entraba en medicina o en arquitectura. Ahora me doy cuenta que era de cajón que tenía que hacer arquitectura. Recuerdo los paseos que hacíamos con mi padre por la mañana a la Ciudad Vieja, cuando se iba a afeitar a la peluquería, donde se encontraba con amigos, donde estaban los eternos charlistas, para mí aburridísimo, con aquel peluquero que "asentaba" las navajas contra aquellos aparatos de cuero y las lustradas de zapatos. Siempre me pregunté por qué... ¿cuál es la lógica de que junto a las barberías estén los lustradores de zapatos? Pero así era. También me deslumbraban muchos de los boliches de los barrios no muy lejanos. Mi tía Antonia, por ejemplo, expendía leche en un cuchitril chiquito de la calle Justicia y Nicaragua y mis primos me llevaban a un boliche a comprar unas botellas que eran de cerveza o de gasesosas de bolita. Y tenían de pronto canchas de bochas adentro del boliche. Como un boliche de campaña, que había por Justicia y Hocquart.

- ¿Qué lugares frecuentabas con tu padre?

- Con mi padre íbamos al "Cambio Sturla", en Sarandí y Treinta y Tres. A la botica de Colombo, de un gran amigo de él, justamente en el teatro Solís, en la esquina de Reconquista y Ciudadela. Mi padre me hablaba y mostraba obras que no siempre me entusiasmaban. Una de ellas era la esquina más linda del Uruguay, ya no de Montevideo, como calidad arquitectónica: Misiones y 25 de Mayo, donde las cuatro esquinas son soberbias. Una, del arquitecto Buigas y Monravá, de origen catalán, el que hizo los pabellones de la Asociación Rural, en el Prado. Las otras dos esquinas, de gran influencia francesa. Una es el viejo Banco Francés, obra del ingeniero Andreoni, un gran arquitecto, que desde que vino en 1876 e hizo la totalidad de su obra en el Uruguay. Andreoni era uno de los referentes de la colonia italiana que había hecho el Hospital Italiano y el Club Uruguay, que siempre me gustó mucho y sobre todo la estación de ferrocarril, porque me encantaban los ferrocarriles. Recuerdo que cuando vi el cuadro de Monet sobre una de las estaciones de París, me dije que en realidad la nuestra sí que era una estación de ferrocarril. Llena de ruidos, de pitos, de sirenas, de vapor de agua, de maquinarias relumbrantes, con unas zorras que corrían por los andenes para llevar las cargas a los vagones, y todo el espacio aquel iluminado con aquella estructura que hasta el día de hoy todavía me emociona.

Pero, sobre todo, lo que más me gustaba era ir a la Aduana porque realmente todo lo que es barcos, lo que es la Ciudad Vieja, era particularmente atractivo. Me daba cuenta de que además yo miraba ciertos edificios que me siguen gustando hasta hoy y ya entonces yo sabía por qué. Me gustaban los que tenían un remate claro. Los que tenían cúpulas, los que terminaban como debe terminar un edificio, no con un hachazo, no como hacen algunos vinteneros profesionales que miran más a lo mercantil que a la calidad. Al Palacio Díaz lo recuerdo como una de mis obras preferidas y todavía lo es hoy, uno de esos referentes del art déco fenomenal. Otro de los edificios que me encantaban y me siguen encantado es el Palacio Lapido, quizás la mejor obra de todo 18 de Julio, de un gran arquitecto, Juan Aubriot. Y recordaba los edificios como el ex Sorocabana, que también culminaba en una cúpula y en un remate especial, los percibía como obras. Y las razones por las que los admiraba entonces son las mismas por las que los admiro hoy...

- Te has referido a la Aduana y al puerto con mucho amor, igual que lo hicieron los pintores. Hoy la gente no va al puerto. Se colocó de espaldas a la ciudad.

- Es posible, pero puede revertirse esa situación. Yo estoy viendo que en la rambla portuaria, en aquella rambla que antes era más linda, más rica, más variada, hoy se están recuperando muchos excelentes edificios que confío que le vuelvan a dar a ese borde costero la calidad que merece. Eso, sumado al gran dinamismo surgido de una idea de nuestro Grupo de Estudios Urbanos y que cuajó, como fue la de peatonalizar una cuadra de Pérez Castellanos en el último tramo. Eso permitió que la gente que tenía sus primeros boliches en el Mercado del Puerto, saliera a la calle y se la apropiara, convirtiéndose en un referente absolutamente sustantivo de la atracción montevideana para el turista y para todos los habitantes de Montevideo.

La memoria, sustento básico de la ciudad

- Eso fue consecuencia del Grupo de Estudios Urbanos...

- Eso surgió como una propuesta que publicamos en un pequeño libro que elaboramos en 15 días. De las pocas cosas que se podía hacer en la dictadura, era defender la ciudad, como una manera de defender los Derechos Humanos. Desde luego que lo peor de la dictadura no era la forma como se vulneró la arquitectura, el paisaje y el ambiente. Lo peor fueron los abusos, las muertes y desaparecidos y torturas que a tantísimos uruguayos y latinoamericanos se les impuso. Un grupo de gente, colegas jóvenes y estudiantes, emprendimos aquella patriada para ser mínimamente consecuentes con lo que afirmábamos en la cátedra, una vez salidos de la Universidad. Expulsados unos, renunciantes otros, al dejar la Universidad quisimos no permanecer indiferentes ante el compromiso ético de la defensa de un patrimonio común. La cultura forma parte de los Derechos Humanos: lo dijimos ayer y lo seguimos sosteniendo hoy, ahora en el gobierno municipal. Por eso salimos a defender la ciudad y, curiosamente, era de las pocas cosas que podía decir alguien con resonancia en la prensa, la televisión y la radio. El "loco de Arana" diciendo las cosas que decía; eso terminó en que como castigo me propusieran como candidato a la Intendencia Municipal. Pero lo importante es subrayar que fue una obra realmente colectiva, de equipo, de gente apasionada

con una resistencia en la que todos aprendimos de todos. Y eso permitió que la resonancia llegara fuera de fronteras. Pudimos hacernos muy buenos amigos de gente mejicana, argentina, brasileña, colombiana y chilena que hasta el día de hoy siguen siendo excelentes amigos, colegas y algunos de ellos excelentes políticos.

- ¿Te sorprendió la resonancia que tuvo el GEU?

- Yo sabía que iba a tener buena resonancia entre los estudiantes de arquitectura y en la mayoría de los docentes, aunque confieso que no en todos. Nos acusaron de nostálgicos, que había que estar con el futuro y la modernidad. Cosa a la que por otra parte jamás renunciamos. Yo fui, y aún me sigo sintiendo profesor de Historia de la Arquitectura Contemporánea. Y por ser profundamente contemporáneos entendimos que debíamos defender la memoria como sustento básico para ser auténticamente modernos. Y eso se traduce en teatro, literatura, pintura, o en arquitectura.

Torres García, por ejemplo, siguió siendo hasta el último día de su vida profundamente fiel a su originario perfil *noucentista*, como decían ellos, los catalanes, basados en la tradición mediterránea del orden, de la estructura.

- Y cuál es el balance de esa puja entre cierta versión de la modernidad y esa visión más ecléctica de "preservar la identidad pero incorporando la contemporaneidad", ¿quién ganó, en la Ciudad Vieja?

- Creo que ganamos nosotros de punta a punta...

-Es la tensión entre lo coral y lo solista...

-Nunca pudimos haber sido solistas, aunque nos lo hubiéramos propuesto, porque uno tiene sus limitaciones. Como corista afinaba y si bien uno no tenía una voz excepcional, en un coro todo se empasta. Creo que la arquitectura es un poco así: tiene una vocación coral, una vocación plural, que cuaja en su plenitud en la medida en que sepa dialogar con su entorno inmediato Y eso no quiere decir mimetizarse. Montevideo es la prueba de ello. Uno de los edificios más soberbios de la ciudad, que hemos defendido en clases y escritos, fue una de las obras más radicalmente contemporáneas en pleno corazón de la Ciudad Vieja y con una sabiduría de inserción como pocos edificios han tenido. Una obra de 1930, de jóvenes arquitectos, del equipo De los Campos, Puente y Tournier: el edificio del Centenario, que por eso lleva su nombre, en 25 de Mayo e Ituzaingó. De gran influencia holandesa, ¡quién dijera que los holandeses habrían de tener tanta influencia en los uruguayos cuando ningún arquitecto era capaz de pronunciar un vocablo en holandés o alemán! Cravotto, con su tenacidad casi germánica, aprendió algo de alemán. Pero muchos se inspiraron de las revistas que llegaban, llegaba una holandesa magnífica que se llamaba *Wendingen*.

- ¿Cómo se va pergeñando un modelo de la ciudad, en armonía con el paisaje y con el entorno rural?

- Lo fuimos aprendiendo en las clases de múltiples docentes. O de un gran amigo y fenomenal docente, el profesor Leopoldo Carlos Artucio, que nos abría la cabeza para saber comprender los porqués de las diferentes posturas contrapuestas dentro de la arquitectura moderna, desde comienzos de nuestro siglo 20 hasta la mitad del mismo. Y otros docentes como el propio Payssé Reyes en la Facultad, Aurelio Lucchini o Gómez Gavazzo que fue un pionero en todo el pensamiento urbanístico, como docente en el taller de arquitectura y director del Instituto de Urbanismo. Nuestra admiración por los arquitectos actuantes entre 1915 y 1940 motivó un pequeño libro que hicimos con Lorenzo Garabelli, muy buen compañero y amigo, sobre la arquitectura renovadora en Montevideo. Tratamos de ir amplificando los conocimientos y la comprensión de lo que significa la arquitectura en su entorno y las distintas zonas de la ciudad con sus propias características, tratando de valorarlas en tanto tales.

De ahí surge la primera idea de impulsar Comisiones Especiales Permanentes que controlaran lo que se hiciera en cada área de fuerte caracterización. Debo mencionar los estudios de un gran amigo y colaborador que fue el arquitecto José Luis Livni y de otros amigos de siempre, menores que nosotros, los tres herma-nos, Mazzíni, Ana Gravina, Pilar Pérez, Lina San Martín y Fernando "Potrillo" Giordano, entre otros, personas que pensaron mucho acerca de la ciudad; así como también Nelson "Negro" Inda, muy buen arquitecto y muy buen docente. Además, debo destacar el conocimiento de nuestros maestros, fundamentalmente de dos que tuvieron escritos y pensamientos muy contrapuestos lo que nos obligaba a entender por qué uno decía esto y el otro lo contrario: uno es Mauricio Cravotto, el que diseñó la casa donde predominantemente vivimos, el Palacio Municipal. Y el otro, es el arquitecto de mayor talento que existió en Uruguay, Julio Vilamajó, a quien no tuvimos la suerte de conocer pero a quien admiramos mucho y cuya obra apenas terminada, Villa Serrana, íbamos a conocer y admirar en reiteradas excursiones.

- Se publicó hace muchos años un trabajo tuyo sobre Vilamajó que se titulaba "La arquitectura y el entorno"...

- Era un folletito, vamos a decir la verdad, que tomaba cinco obras y explicaba por qué entendíamos que tenían una alta calidad. No sólo por sus valores específicos sino también por la forma en que se conjugaban y dialogaban con su entorno inmediato. Hablamos de la casa Hiriart, en la calle Berro, de 1927. De su propia casa en la avenida Sarmiento esquina Domingo Cullen, de 1930. Hablamos de la Facultad de Ingeniería, cuyos primeros esbozos son del 36 y 37, su obra soberbia. Y, por supuesto, hablamos de Villa Serrana. Acentuábamos lo que tenía que ver con el relacionamiento de la obra individualmente concebida en función del entorno donde se implanta. Al hablar de Villa Serrana, que consideramos como un ejemplo, hablamos no del entorno urbano sino del entorno rural, paisajístico, que se transforma en elemento expresivo condicionante del diseño mismo. Además hablamos del entorno humano, que respeta al material y al hombre del lugar, que es capaz de elaborar con determinadas maneras y recurriendo a formas tradicionales a la vez que a una concepción de perfiles absolutamente renovadores, como fue capaz de hacerlo en el Mesón de las Cañas y en el Ventorrillo de la Buena Vista.

Montevideo, capital con excelencias

- ¿Cómo imaginás al Montevideo en el futuro?

- Es difícil hacer futurología, pero creo que Montevideo tiene potenciali-

dades muy grandes. El asunto es saber si nosotros, y los que vengan después, seremos capaces de aprovecharlas. Montevideo debe recuperar plenamente su bahía, la gran oportunidad dejada de lado. La bahía que es asiento del puerto y de otras localizaciones de difícil traslado. Pero no hay por qué pensar que dentro de 50 años tengan que seguir allí, como las instalaciones de ANCAP, Y ese potencial tiene que ver con aspectos residenciales, tiene que ver con la circulación, tiene que ver con aprovechamientos de zonas de esparcimiento para el futuro de la ciudad. Porque creo, y así hemos actuado desde un principio, que Montevideo tiene condiciones excelentes para convertirse en la capital del entorno regional. Al mismo tiempo, en tanto Montevideo no es sólo ciudad sino también territorio rural, debemos cuidarla. Y esto no depende sólo de los municipios sino de la evolución de la macroeconomía, que obliga a la gente con dificultades económicas y ausencia de trabajo, a buscar alternativas de afincamiento, frecuentemente reñidas con toda concepción equilibrada y coherente de la ciudad. Creemos que en el área rural de Montevideo, además de sus condiciones estético paisajísticas, ecológicas y ambientales de relieve, también la potencialidad productiva debe ser defendida. Pensemos en los dos humedales fenomenales que tenemos en Montevideo, al este y al oeste, con la riqueza de fauna y flora consiguiente. Y también la importancia económica productiva que debe seguir estando en la preocupación de toda planificación territorial futura.

Conjugar pasado y presente

- Se te considera el gran impulsor de los reciclajes...

- Las transformaciones, lo que en el léxico común se llama "reciclaje", permiten la incorporación y el apoyo mutuo, que es particularmente atractivo, entre la permanencia del pasado y la propuesta de un presente que mira hacia adelante. Por eso decimos que la ciudad, la arquitectura, es permanencia y cambio, transformación y proyecto, testimonio pero también profecía. Es lo que han hecho los grandes creadores, en todo momento. En fin de cuentas Borromini, uno de los más grandes creadores del siglo XVII, tomó una de las iglesias del cristianismo primitivo, una de las viejas basílicas, y la transformó con un sentido de la contemporaneidad barroca del siglo XVII, modificando y remodelando de un modo totalmente dinámico aquello que preferentemente era una estructura más estática y aplomada como tenían originalmente las basílicas cristianas. ¿Qué es lo que tiene más valor, lo originario o lo que los sucesivos presentes le van otorgando a una obra? La misma obra, ¿es la misma para quien la lee? ¿Es la misma Catedral de Chartres la que vio el paisano que estaba recogiendo el trigo desde lejos y que de pronto se acercaba el domingo, que la que puede ver el paisano Mario Delgado Aparaín, nacido en La Macana, pero cargado de todo el aluvión histórico cultural que le otorgó el conocimiento de tantos siglos que todos llevamos adentro?

- Precisamente, tú fuiste Presidente de la Comisión de Patrimonio en el primer gobierno democrático...

- Es cierto, del 85 al 89. De ese período destaco el haber podido designar como monumentos históricos a una cantidad de obras que no eran viejas, sino que eran nuevas, o relativamente nuevas. Lo hicimos cambiando totalmente la concepción un poco arcaizante, esa especie de cultura de sarcófago sobre todo lo que es el patrimonio...

- La Rambla, por ejemplo...

- Exacto, que fue en su momento calificada por el Dr. Gonzalo Aguirre, no como Monumento Histórico Cultural, sino como "mamarracho histórico cultural". Respeto todas las opiniones, pero sé que todas las acciones nuevas concitan polémica. Me alegro haberla suscitado y de que haya seguido manteniéndose como buena la opción de haber declarado a la rambla como monumento histórico cultural, así como todos los espacios públicos adyacentes. Fue un primer paso no sólo para preservar edificios aislados sino también conjuntos paisajísticos y urbanos de significación. También una cantidad de obras de primera importancia de destacadísimos profesionales de las tres o cuatro primeras décadas del siglo, Julio Vilamajó, Mauricio Cravotto, De los Campos, Puente y Tournier, Surraco, Scasso y Domato. Fueron transformaciones que tratamos de introducir y que fueron aceptadas por la propia Comisión de Patrimonio Histórico, así como también incorporaron muchísimos otros monumentos de gran valor que no se habían incluido dentro de la nómina a preservar. Si bien algunos habían sido declarados monumentos históricos, entendimos que no debía primar simplemente aquellas obras que habían tenido cierta vinculación con hechos históricos del pasado sino tratando de valorarlos por su calidad intrínseca, específica. Por eso también incluimos una buena nómina de obras que estaban afincadas en el interior del país. Con el mismo criterio y un dinamismo muy grande, lo continuó haciendo como Presidente de la Comisión este gran amigo y colaborador, trágicamente desaparecido hace algunos años, José Luis Livni.

- Una faceta hoy poco conocida de tu actividad profesional fue tu experiencia cooperativa.

- Las cooperativas de vivienda nos permitieron realmente poner en práctica algo que habíamos estado debatiendo y analizando en la propia Facultad de Arquitectura: la posibilidad de conjugar la calidad de un determinado diseño a nivel de la unidad de vivienda y de un entorno urbano comprometido con el resto de la ciudad, y no concebido como una isla, desvinculado del resto de la ciudad. Con mayor o menor felicidad creo que permitió, según los casos, una serie de obras que son auténtico orgullo de la arquitectura uruguaya de la segunda mitad de nuestro siglo. La experiencia se realizó con participación de la propia gente, no en el diseño específico de las cosas, pero sí en la discusión acerca de cómo debían ser los límites y las condicionantes para las unidades de vivienda y los conjuntos. Incluso se discutía si se abrían o no se abrían al resto de la ciudad. Muchos los querían cerrar. Y creo que fue interesantísimo. Por ejemplo, la manera en el fondo doctrinariamente muy significativa de concebir si los barrios deben ser cerrados o abiertos, o si aquellos beneficios que permitían esos conjuntos, en cuanto a posibilidades de tener espacios de juegos, esparcimientos, deportes, salones comunales, si iban a quedar de uso exclusivo de esa unidad cooperativa o se abrían, como todos decidieron hacerlo, en el interior y en Montevideo, hacia el conjunto de la ciudad.

- ¿Tomaron en cuenta ejemplos de barrios hechos durante el batllismo, como el "barrio jardín" frente a la Facultad de Arquitectura?

Fotografía Daniel Sosa

El encanto de los quioscos policiales y el infinito borgeano

"Me encantaban los quioscos policiales. Y no porque tuviera ninguna vocación represiva, que nunca la tuve, sino porque me parecían y me siguen pareciendo pequeñas joyitas que van jalonando y calificando lo propiamente uruguayo. Con una influencia de la arquitectura holandesa de vanguardia total, pero que curiosamente se da en Uruguay y no en Holanda. También el quiosco en forma de molinete en el Parque Rodó, que me angustiaba, que me obligaba a dar vuelta para entender aquella extraña geometría como extraña, que me recordaba al tarro del Pulidor y su curiosa concepción del infinito borgeano. O sea la vocación, sin siquiera sospecharlo, estaba para ese lado. Después escribí sobre aquello que miré y que gusté."

- Estamos hablando, entre otros, de los barrios municipales de los años 40. Fueron hechos con un concepto de dignificación de la familia muy alto, y en algunos casos con un diseño de la estructuración vial y demás, que permite acercar a esos barrios a una concepción pintoresquista. De alguna manera se aproximan a lo que algunos conjuntos europeos de entreguerras demostraron como posibilidad de otorgar mejor calidad de vida a los ámbitos de trabajadores. Hay ejemplos en Viena, en Frankfurt, en Berlín, en Amsterdam.

- ¿Cómo fue tu encuentro con Europa en el 68, cuando fuiste con los estudiantes?

- Fue algo fenomenal, un grupo estupendo. En un conjunto siempre están los que son más inquietos, los que tratan de dinamizar más, los que exigen más al docente, que en ese caso era yo, aunque yo los tenía cortitos, con visitas obligatorias y optativas permanentemente. Viajamos en barco. Y todos los días había clase a bordo: 11 días de clase continua. Salíamos a tomar el sol y a jugar al truco, también. Fueron siete u ocho meses con un grupo muy acotado, y además en un momento muy fermental de las transformaciones, de las concepciones arquitectónicas y urbanísticas, lo que nos permitió aprovechar esa experiencia para después traducirla en lo que nosotros mismos realizamos en el Plan de Viviendas a partir del 68. Se estaba pergeñando ese plan con un gran impulso de Juan Pablo Terra y también de Oscar Bruschera recientemente fallecido, dos grandes amigos. Y esas ideas que se estaban generando en Europa de alguna manera procuramos aprovecharlas para plasmarlas en alguno de esos barrios cooperativos, como en Fray Bentos, o en Colonia, o en Tacuarembó, o en Paysandú, o acá en los barrios de Montevideo. Algunas de ellas, quizás las más asombrosas, porque están destinadas a sectores poblacionales de escasísimos recursos, han permitido sin embargo realizaciones interesantes. Algunas de estas propuestas demuestran que la arquitectura, para alcanzar calidades, no necesita ser elaborada con mármol de Carrara. Yo he repetido una frase buscando un cierto impacto: que "la arquitectura de la pobreza en modo alguno puede justificar la pobreza de la arquitectura". Siempre hay que demostrar y Julio Vilamajó lo demostró maravillosamente en Villa Serrana, que con pequeños elementos, aun con elementos muy humildes se puede generar una arquitectura bien hecha, cuando hay simpatía y sensibilidad hacia el lugar, hacia la gente, y hacia el trabajador y el destinatario de la vivienda.

- Dieste lo hace con el ladrillo y la cerámica armada...

- Eladio Dieste lo hace con magistral genio. Otra de las personalidades que mucho admiramos.

- ¿En arquitectura y en ciudades, en ese 68, qué encontraste?

-Estuvimos diez días antes del dramático fin de la Primavera de Praga. Y el gran impacto: pasamos de la Unión Soviética a Finlandia, y cuando llegamos allí pensé que habíamos llegado a un país socialista. Parecería que la historia posterior nos dio la razón en cuanto a esa percepción que tuvimos. Lo que vimos en los países nórdicos fue precisamente algo que no habíamos visto en la propia Unión Soviética. El "socialismo real" parecía estar en los países como Finlandia, Dinamarca, donde no percibíamos una diferenciación social aparente. Y eso lo vimos bichando por las ventanas en los pueblitos, no sólo en las capitales, viendo cómo era el interior de las casas, el diseño de los objetos, objetos que se compraban masivamente en el mercado, y con una calidad dignificadora del usuario. Esa fue la gran apuesta que hicieron los utopistas de fines del siglo pasado, como William Morris, el viejo socialista y cooperativista británico o como, algunas corrientes del denominado Art Nouveau, que aquí en nuestro suelo lo propusieron. Eso se ve en la estupenda exposición que ha montado Gabriel Peluffo en el museo Blanes, se ve en Pedro Figari a través de su enseñanza y su experiencia, breve pero fermental, de la Escuela de Artes y Oficios.

En Europa no sólo veíamos arquitectura. Resulta que en la Unión Soviética la figura del "Che" Guevara no existía. Y en toda el resto de Europa, incluso capitalista, estaba en las camisetas y en todo semoviente que andaba en la calle. Y "El Diario del Che", desconocido en Moscú, estaba traducido en todos los idiomas. Fue una de las cosas que me sorprendió muchísimo.

- En Europa, ¿cuáles fueron los lugares que más te impactaron?

- Amsterdam me encantó. Admiro la arquitectura de los años 20, la escuela de Amsterdam, de Kramer y de Klerk, Berlage. Pero también a los arquitectos más actuales, discípulos de Hertzberger, o discípulos de Van Eyck. O realizaciones de arquitectos como Ralph Erskine, de origen británico con mucha actuación en los países nórdicos, o las obras de arquitectos como Giancarlo de Carlo, en Italia. Verdaderos humanistas todos, además de excelentes diseñadores, y que han demostrado en la práctica esa concepción de continuidad histórica dentro del proceso de creación de la ciudad. Las obras de de Carlo en Urbino, las que ha hecho en la zona del Véneto, en pequeñas ciudades cercanas a Venecia. Obras actualizadas, a veces sin ningún tipo de concesión a ninguna concepción nostálgica, y sin embargo con una gran capacidad para generar sutiles vinculaciones con la arquitectura tradicional.

El espejo de las ciudades del interior

- Respecto a las ciudades del interior, has dicho que en varios temas son un modelo a imitar.

- Respecto a la limpieza, siempre he dicho que los uruguayos no tenemos que aprender de los vieneses, ni de las personas de Zurich, ni de Londres, tenemos que aprender de todo el interior de nuestro país. De las ciudades chicas, medianas, capitales departamentales. Desde el 15 de febrero de 1995, como intendente de la capital nos sentíamos no sólo al servicio de los montevideanos sino del Uruguay todo. Por eso es que propusimos a las intendencias del interior transformar la ex cárcel de Miguelete en hogar estudiantil para los estudiantes del interior, para muchachos provenientes de familias de muy escasos recursos, actitud que fue convalidada unánimemente por los ediles e intendentes de todos el país, que nos comprometimos a poner los dineros para administrar esta cárcel para que se pueda convertir en hogar estudiantil.

-¿Qué es lo que más te gratifica en el día a día?

- Lo que más me gratifica es ser Intendente de Montevideo y poder hablar con cualquiera en todos los barrios de la capital, en un boliche, en una plaza, en la calle.

- ¿El cine sigue siendo una de tus aficiones?

- Yo iría todas las noches al cine, si el municipio y las propias distribuidoras me lo permitieran. Es una vergüenza que lo que en los años 50 y 60 teníamos a manos llenas, que era una visión verdaderamente universalista de todo lo que en cine se hacía en Francia, Italia, Alemania, Japón o en Latinoamérica. Hoy la línea de exhibición está extraordina-riamente restringida. Se nos está privando del derecho que tenemos a ser informados y enriquecidos, pluralizados, por decir así, desde el punto de vista cultural. Por suerte tenemos un antídoto en el teatro nacional. Que hoy día es capaz de tener en cartelera 30 espectáculos, con obras europeas, uruguayas, argentinas, norteamericanas y festivales además con gente de los más diversos confines.

- ¿Cómo es tu relación con el Presidente de la República?

- Muy buena cuando hablamos de pintura.

- ¿Te considerás un Intendente "full time"?

- Los tengo locos a todos los directores. Yo sólo utilizo los celulares cuando voy en el auto, pero en el auto no miro ni por la ventanilla, sino que los voy llamando uno por uno para las cosas que me voy acordando y tengo anotadas en la agenda. Y debo confesar que responden bastante bien. Hemos trabajado muy bien en equipo. Sin un equipo, la labor municipal hubiera sido imposible.

- ¿Y pensás que la gente te ve como Intendente de tiempo completo?

- Espero que lo perciban así porque es verdad que estoy "full time"... ■

Fotografía Carlos Contreras

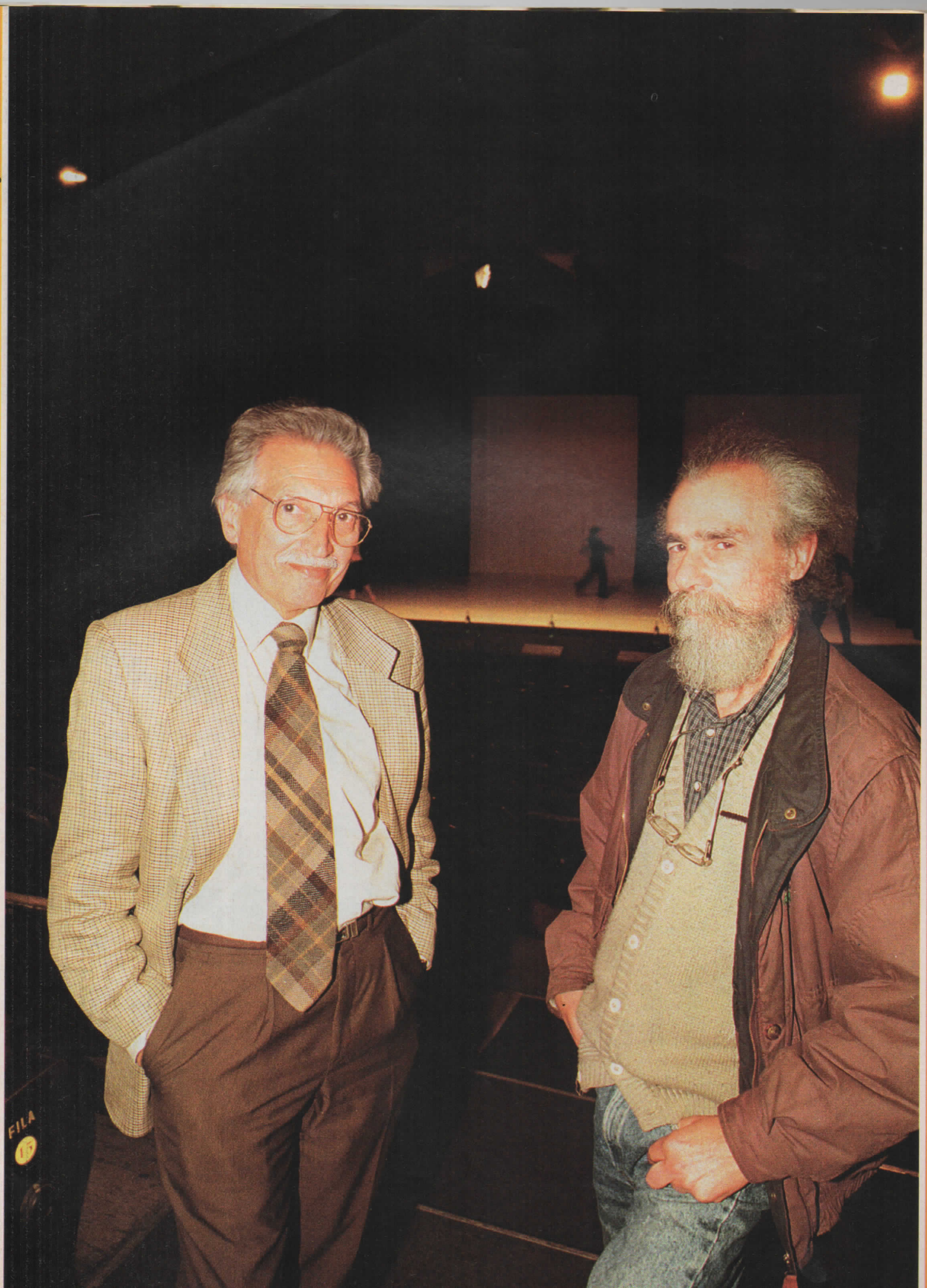
El viaje que no fue

La foto, seguramente tomada en algún día invernal de 1976, muestra al grupo de viaje de estudiantes de arquitectura de la generación que ingresó a la Facultad en el año 1970. Ataviados con sus montgomerys y atuendos típicos de los 70, se encuentran en un lugar emblemático de Montevideo: frente a la fuente del Entrevero, donde los ganadores de Arquitectura Rifa eran rigurosamente arrojados al agua en una suerte de ritual que hoy se ha abandonado por completo.

En la fotografía, junto con ellos, Mariano Arana, el profesor que eligieron para acompañarlos en el viaje de estudios del año 1977.

Arana había viajado como estudiante en el año 1958 y luego como profesor, en 1968. Casi diez años después éste es el viaje que no fue.

Corrían tiempos difíciles y los personeros de la dictadura "sugirieron" que no debía viajar. Aunque los estudiantes insistieron, diez días antes de viajar debieron obligadamente sustituir a Mariano Arana por otro docente.



Fotografía Daniel Sosa

Apuntes de un ex socio

El arquitecto Mario Spallanzani, posee la condición de haber sido por largo tiempo socio del Intendente Mariano Arana, durante un buen tramo de sus vidas profesionales. Es, además, docente en la Facultad de Arquitectura, donde enseña en el Taller de Anteproyectos, y prosigue con su actividad profesional desde la casa-estudio de la calle Nicaragua, obra de ambos. Con música sinfónica de fondo ("Mariano sabe de esto, yo simplemente escucho") y asediados por dos pequeños y nerviosos canes, nos dijo:

"Con Mariano nos conocemos desde la época de la facultad, allá por el año '54. No coincidíamos en el año curricular porque él es unos años mayor, pero compartíamos actividades gremiales. Mariano ya era dirigente de la FEUU.

En lo que hace a la actividad profesional independiente, trabajamos siempre juntos. Digamos que esa sociedad duró hasta que la política lo absorbió, cuando la vuelta de la democracia. Ahí se fue desvinculando por su tarea política, y además por su actividad docente que sólo interrumpió en la época de la dictadura.

Las primeras obras que hicimos fueron por el '66. La primera que hicimos fue una casita de veraneo en Portezuelo. Después hicimos casas para el primo de Mariano, para el doctor Tabaré González, los hermanos Ángel y Germán Rama, y muchas otras. Una de las últimas que hicimos, ya cerca de los '80 fue para el doctor Elías Bluth, actual secretario de la Presidencia. Ahora, la obra más notoria que hicimos fue la primera sala del teatro El Galpón en 18 de Julio: un reciclaje del cine que existía allí anteriormente.

Mariano siempre se destacó por la concepción teórica de la arquitectura. En la facultad, como docente, él daba Historia de la Arquitectura, que es una materia muy vinculada con la teoría. Más que como diseñador, él tenía una concepción muy clara acerca del tipo de cosas que había que hacer. No es que le escapara al tablero, al principio le gustaba muchísimo. Pero a la hora de trabajar participaba más en la orientación general de los proyectos, y no tanto en la definición de detalles. Ese era su fuerte.

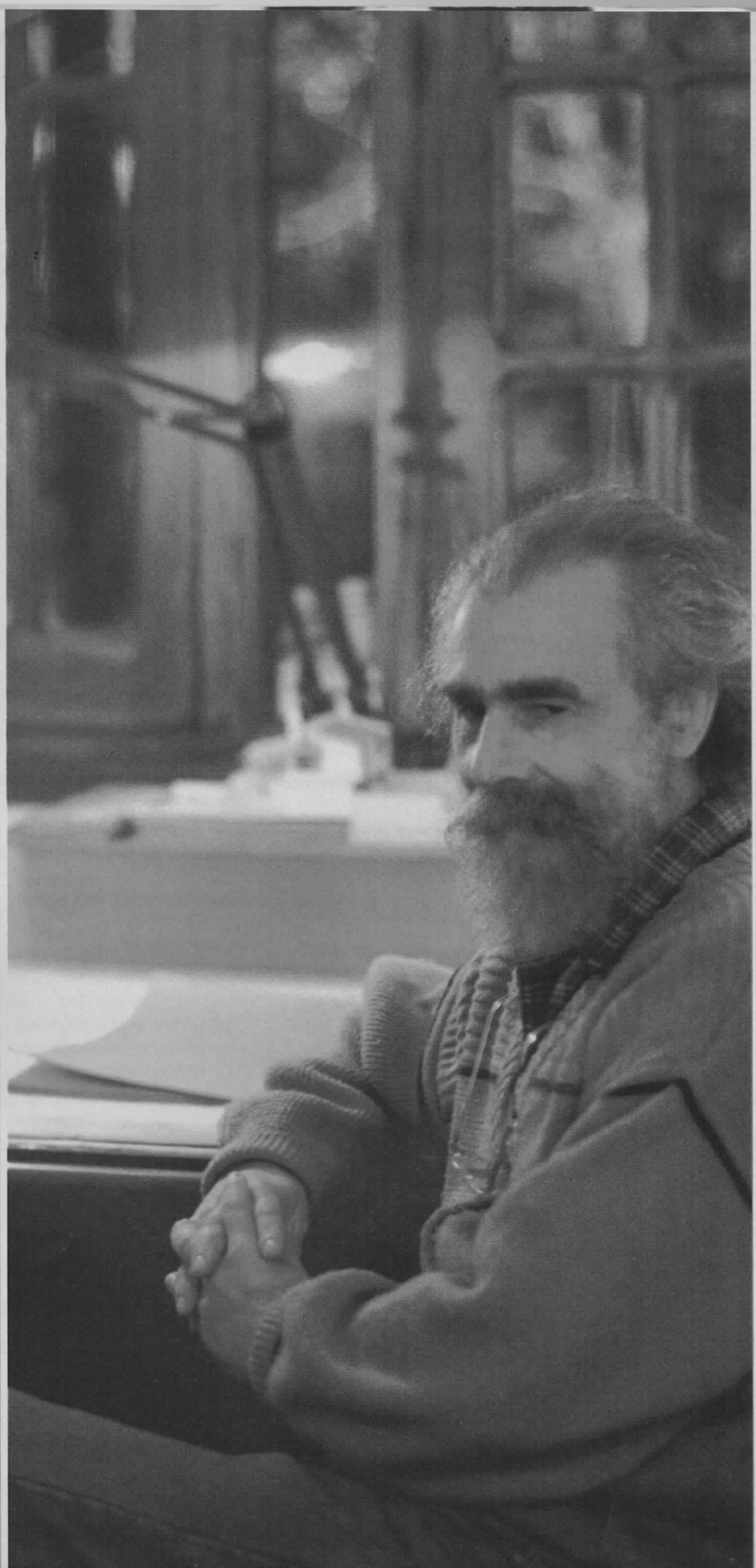
Como estudio, considero que lo más importante que hicimos —asociados a otros profesionales—, fue un complejo habitacional que está en Maldonado, el "Barrio Norte". Ahí participaron también el arquitecto Couriel y la arquitecta Gravina.

En lo que hace a su función como intendente, personalmente creo que se está manejando muy bien, y en eso las encuestas coinciden. Comparado con las gestiones de las últimas intendencias-allá por el '30 o el '40 hubo intendencias que hicieron obras muy importantes, pero eran

momentos muy distintos-, esto ha sido un salto cualitativo importantísimo con relación a lo hecho por las administraciones anteriores. Evidentemente es alguien que sabe lo que tiene entre manos, y lo que quiere hacer.

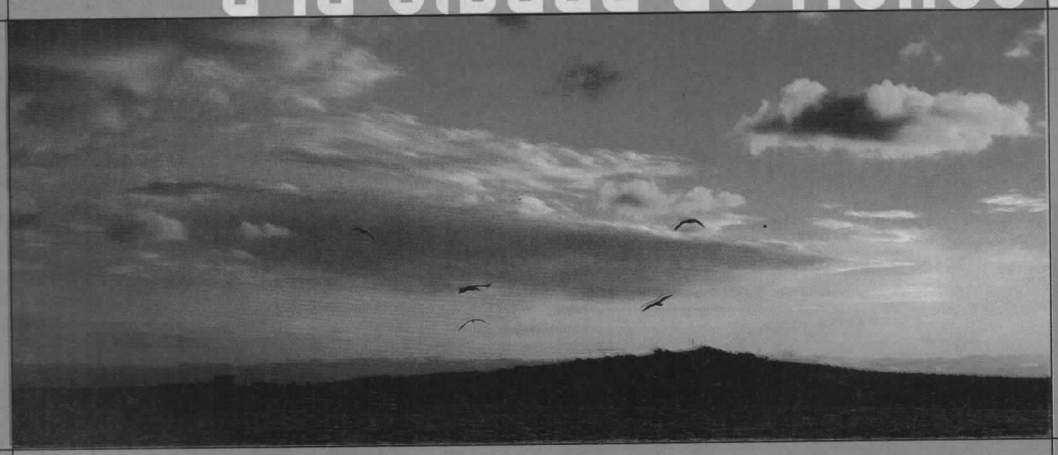
De todas formas creo que las cosas más importantes todavía no se ven. Particularmente tengo algunas discrepancias, pero entiendo que no son culpa de Mariano. Él tiene que trabajar con un equipo, y especialmente con los técnicos que tiene. Hay cosas que realmente a mí no me gustan mucho; pero bueno, son las cosas que salen de la Intendencia. Es que las decisiones políticas pueden estar muy bien y después las realizaciones pueden ser discutibles, pero me parece que como directiva política y sobre todo cuando no se tiene muchos recursos, lo que se ha actuado sobre los espacios públicos está muy bien. Además como experiencia — que Mariano conoce bien, sobre todo lo que se ha hecho en Barcelona en la primera gestión, porque ahora están haciendo cosas mucho más ambiciosas—, creo que es muy buena. En especial respecto a los espacios públicos diversificados, como los equipamientos urbanos periféricos y todo eso. Se ha logrado mucho impacto considerando los recursos disponibles. La relación de la inversión al impacto sobre la calidad ambiental, creo que es lo que más se ha logrado. Hay otras cosas en las que la Intendencia difícilmente pueda hacer algo, y lo que está haciendo tampoco me parece bien. Todo lo referido a la materia de política de viviendas, ese enfrentamiento que se ha creado entre el poder central y las intendencias me parece que es de difícil resolución.

Respecto a la Montevideo del próximo milenio, creo que es imposible de imaginar, al menos para mí. Sí entiendo que el tema crucial de Montevideo, y en general de muchas estructuras urbanas en esta época globalizada, es atender esa segregación residencial que se está dando. Una ciudad de ricos y otra de pobres es realidad histórica en otros lados de Latinoamérica, como Bogotá, por ejemplo, donde siempre hubo barrios de ricos y barrios de pobres. Aquí no se daba de forma tan acentuada, pero ahora es un fenómeno que me parece fundamental neutralizar. Con ese tipo de segmentación social, los avances de una democracia real son muy poco factibles". ■



Fotografía Daniel Sosa

Carta íntima de Joan Manuel Serrat
a la ciudad de Montevideo



"Recordar. Del latín re-cordis. Volver a pasar por el corazón". (E. Galeano). Para los que no están y siempre echaremos en falta.

Querida Montevideo:

Ayer hablé por teléfono con Galeano y me contó que el tiempo está muy inestable por ahí. El invierno empieza a mostrar su cara de palo y los plátanos de sombra ya están arreglando sus cosas antes de echarse a dormir.

Cuando nos vimos las caras por primera vez, Montevideo, verdeabas por los cuatro puntos cardinales y las muchachas se desparramaban adormiladas en los pastos del Parque Rodó, robándole el brillo al Sol del mediodía para llevárselo puesto. Era noviembre de 1969. Aquel año fue el primero de mi vida que tuvo dos primaveras.

Viajé desde Buenos Aires con Edmundo Rivero, el de las manos como capazos y la voz de trueno; con él compartía cartel en el Parador del Cerro. Vine para un par de días, con urgencias, como siempre, y, nada más llegar, después de atender un par de periodistas, tan convencidos como yo de lo efímero del éxito, en especial el mío, salí del hotel con la intención de bajar al puerto a cumplir con una antigua promesa: encontrar la sombra perdida del Graf Spee.

De niños, el Tito y yo, conmovidos por el heroísmo de aquellos marineros, rubios como la cerveza, que hacían de buenos en la película, nos juramentamos, al salir del cine, que, en cuanto fuésemos mayores, iríamos a Montevideo a echarles una mano a aquellos desventurados tipos, aunque fuesen alemanes; así que, aprovechando la ocasión, aun a sabiendas de que era demasiado tarde para hacer nada por ellos, eché a andar con moderado entusiasmo al encuentro de mis fantasmas infantiles. De cualquier modo, aunque no sacase nada en claro del Graf Spee, siempre me quedaba el Tito quien, en nuestra anual conversación en el Bar Juanito, escucharía generoso el relato ampliado y aderezado de este rescate de recuerdos.

Pero tú querías llamar mi atención con otras cosas, Montevideo.

Querías que te viera, que me fijara en ti, que me dejara de pavadas de Graf Spee-ses y marineritos heroicos y que me enredase en tus redes. Por eso abriste para mí la cajita de los asombros y, justo al salir del hotel, aprovechando mi torpeza habitual, me hiciste pisar una bosta de caballo. En plena Plaza Independencia. En 1969. Una rotunda bosta de caballo en la puerta del Hotel Victoria Plaza, antes de Moon.

Yo, que había salido a buscar perfumes de niñez me di de morros con ella. Qué admirable y qué insólito se veía en el asfalto aquel trofeo verde y oro. No por el hecho en sí, claro, ni por el lugar elegido por el animal para cagar, sino porque aún rondasen caballos por el centro.

Aquella bosta le dio una vuelta de tuerca al destino. Me devolvió a los cuarteles de invierno de los años idos. Encendió mi curiosidad empujándome a buscar debajo de tu vestido. Me llamaste y yo atendí y me dejé llevar.

Olvidé el asunto del Graf Spee y a Tito. Olvidé el programa previsto. Incluso olvidé una visita concertada al Estadio Centenario -por cuyas tripas, si uno le pone atención, al atardecer, se escucha el tintineo metálico de los tacos- y caminé a donde quisieron llevarme mis zapatos. Como un gurí por la murga, me dejé llevar por calles engalanadas de forchelas; calles en las que aún estaba caliente el recuerdo de Xirgu y donde los diarios voceaban nombres desconocidos que iban a tardar poco en serme cotidianos; calles que aguardaban todo el año la vuelta del Carnaval, agotadas sus existencias de longanizas para atar perros; veredas por las que los hinchas de Nacional caminaban agrandados con títulos libertadores e intercontinentales bajo el brazo como quien se exhibe con el termo para cocer el mate de la gloria.

El termo. ¿Quién dijo termo...? El termo y el hombre. El termo y la cancha. El termo y Dios.

Qué insólito espectáculo, querida, para unos ojos profanos, contemplar a unos ciudadanos comunes, en su mayoría tipos respetables, yendo y viniendo de sus quehaceres cotidianos con ese artefacto que uno cree reservado a situaciones de emergencia, con la mayor de las naturalidades, enganchados a él como un yonqui a la heroína. Aun reconociendo el aporte tecnológico que el termo representa para la cultura de la yerba (mate), no deja de ser chocante para unos ojos profanos, repito.

Aquel día, caminé tus calles como nunca he vuelto a caminarlas mientras tú, Montevideo, hacías todo lo posible por deslumbrarme. Unas veces de frente y otras por sorpresa. Me llevaste a comer achuras al Mercado del Puerto, nos tumbamos en la tarde de Pocitos y juntos amanecimos en el Cerro. Me trajiste a Alfredo y a Daniel y al loco del Sabalero y a la dulce Vera y yo te llevé conmigo al Este, a comernos las noches con Nana, con Manolo, con la Camerata.

Me gustaste desde el primer momento, Montevideo, pero fue más tarde cuando me enamoré de ti. Fue cuando te exiliaron y te viniste a mi casa con lo puesto. Ahí, mirada triste, sueños torcidos, carnes torturadas; ahí te conocí, Montevideo; ahí te sentí como algo mío, y ahí nos juramos amor eterno.

Joan Manuel Serrat